

LA MORAL DE DON PEPE

Quien llegaba a conocer a don Pepe Salazar, a tratarle muy de cerca, de seguro que no se olvidaba de él. Bajo, repordete, algo calvo, con cincuenta años le daban un aspecto patriarcal, además y como para que infundiera temor, la fatalidad injusta había quitado el ojo izquierdo. La voz de don Pepe era fuerte, cavernosa y cuando articulaba alguna frase para afirmar sus convicciones, parecía que estaba dando instrucción a algún regimiento y eso que jamás había empuñado una espada, pues su existencia tormentosa, llena de inquietudes e incidencias con su mujer, fue la del empleado subalterno, sin entusiasmos ni preparación.

En la época que conoció a Salazar vivía en Palermo con tres de sus hijos, dos excelentes muchachos sumisos y corteses, empleados en dependencias comerciales y una mujer, María Inés, de diez y nueve años. La esposa de don Pepe que siempre fue una mártir de sus caprichos, de sus celos infundados, un buen día causada de soportar los improferios de su esposo, abandonó el hogar y se marchó a casa de su madre anciana. Cuando retornó en demanda de perdón, después que suponía pasada la borrasca, Salazar como siempre irascible la echó a la calle con una cosa cualquiera y sin valor. Desde ese día aquel nido de frialdades, sin amor ni confianza, quedó destruido para siempre; la falta de la madre, lo que debe velar por sus hijos abrió un abismo profundo en aquellas almas recién desplegadas a la vida.

Salazar no quería saber nada de su mujer, y allí en su hogar cuando regresaba de su trabajo humillaba a sus hijos, exponiéndoles la mala conducta de su madre, inventando además cosas inverosímiles que ponían en ridículo a la infeliz mujer.

Don Pepe era digno de observación; cuando se le presentaba alguna persona que ignoraba sus condiciones predominantes, la hicí que vertía a diario con el inquilino, con el pobre almacenero, con toda ci que lo trataba, entonces ocultaba su narra, haciéndole el simpático, el humilde, como si su alma fuera hecha de ternura y piedades. Lo primero que ponía como baluarte era su moral. A quién no expresaba su elevación de espíritu, su sencillez franciscana? A quién no hablaba de su bondad, de su altivez, de su altruismo? Cuando trataba de revelarse en las condiciones expuestas, una sonrisa sutil y enigmática dibujaba base en su rostro.

Nadie como él —repetía— hablase concretado hacer de su vida un culto al amor y a la fe; de este modo se forjaba la ilusión de que su interlocutor lo aplaudía, lo admiraba, creyéndolo un ser espiritual y selecto.

Aún cuando sus hijos estaban bajo su dominio y aceptaban su mandato, espiritualmente no le pertenecían; si bien los varones no contradecían sus opiniones, María Inés, en cambio era reacia a los quechaceros domésticos, rebeldía a sus mandatos y dada a una extremada vanidad y coquetería. Cuando él se iba a la oficina, aquella dábale

dolor de dulces armonías. Con su inquieta vestida múltiples atenciones, que a veces los hijos encontraban extrañas. ¿Qué fin lo llevaba a don Pepe, para mostrarse así tan cortés con la viuda, mujer bien parecida, de ojos rasgados y profundos, que los cuarenta años recién empazaban a dejar sus pequeñas huellas sobre su tez ambarina?

La señora de Zapiola era una excelente mujer, jamás su honor se había manchado; educada y correcta era el ejemplo de sus dos hijas, que imitaban a aquélla, trayendo la dulzura y alegría al hogar. Sólo visitaba a la señora de Zapiola, quien era muy retraída, un primo de su esposo, Marcelo Herbón, hombre serio y trabajador, quien en ciertos momentos difíciles para la viuda, supo aliviar su situación con su esfuerzo.

Desde que don Pepe empezó a notar las visitas frecuentes de Herbón y su familiaridad espontánea para con la familia de Zapiola, empezó a encontrarse molesto. Posiblemente mil conjecturas se forjaría su pensamiento, o quizás sus esperanzas, sus anhelos de conquista se resentirían.

Lo primero que hizo una mañana fué llamar a la señora de Zapiola, manifestándole que no hallaba bien que aquel hombre que intituaba primo de su esposo, las visitara. Sin escuchar las frases de la señora, esposo su "moral", olvidando por cierto la conducta ligera de su hija, la vida que llevaba su mujer abandonada; él se había forjado su mundo para sí, donde se creía un profeta, un moralista en extremo, cuando sólo había hecho de ésta un nombre.

Indudablemente, la tempestad tenía que imponerse. Sucedió que una tarde don Pepe le dijo a la señora que abandonara su casa, que su hija todo un "ángel" no podía estar en contacto con ellas que no llevaban una buena moral.

El día que la señora de Zapiola se alejó de aquel lugar donde un hombre irascible y hosco ocultaba en su alma la perversidad, el egoísmo, la similitud, ese día en que iba a marcharse la viuda llevando recuerdos horribles de aquella casa desorganizada y fría, donde faltaba el calor materno para esos retos sin idealidad que se levantaban temblorosos ante la mirada dura de su protector, ese día, Herbón le dijo a don Pepe. Es usted de los muchos hombres que vemos a diario en el café, en la oficina, en la calle; muertos que caminan sin una idealidad, sin una brújula; es usted el verdadero simulador que, haciendo gala de una falsa moral, tiene la convicción que engaña y que muestra un alma perfecta.

Don Pepe escuchaba atónito a Marcelo Herbón, sus ojos estaban nublados por las lágrimas; en el fondo de su pensamiento se levantaba el recuerdo de su mujer, la vida dulce de los primeros años de matrimonio; cada frase de Herbón era como una gota de plomo que caía en el cristal de su alma.

Después de un pesado silencio, antes de que Marcelo se alejara, él le dijo:

—Perdóname, se había desconocido en mí ser una pasión irresistible hacia esa mujer que usted protege; impotente para revolcarme, amargado por mi vida de sombras, he pensado sólo en alejarlos... También en esto el falso moralista, mentía. Su vida era una mezcla de bajezas, de odios y similitudes; era el verdadero hombre común, el Yago moderno que a diario nos opone la mano y nos hiere al corazón!

Félix R. Villalba



La mujer.—Héctor, mucho cuidado. Siempre que te equivocas de paraguas te llevas uno peor que el tuyo. A ver si esta noche te fijas bien.

a lo calle, faltando de la casa algunas horas, y cuando él retornaba, justificaba humildemente su salidu, con falsas palabras que lo sacaban del trance, y el pobre Salazar, convencido, admitaba que su hija no podría jamás engañarle porque había recibido el ejemplo de su "moral".

Maria Inés era un espíritu inquieto; su corazón enamorado no se detenía jamás a abrigar en su fondo una pasión intensa; si diez pretendientes se ofrecían en su camino, a los diez los aceptaría, momentáneamente, ligamente. Luego los dejaba pasar, para dar cabida a una nueva pasioncilla. Sin embargo, en medio de aquella corriente de admiradores, sentiría atracción por Carlos Gutiérrez, un vecino a quien rara vez se insinuaba pero que en su fondo guardaba hacia ella una gran simpatía.

LA CAUSA



—Es verdad que tu marido va a pedir el divorcio?
—Sí, mamá. Y dice que tú tienes la culpa.
—¿Qué oiga! ¿Se ha enamorado de mí?

LA ALEGRÍA Y EL BUEN HUMOR

Son las características inconfundibles de una persona cuyo estómago funciona bien. Cuando este órgano se descompone, entonces la salud se resiente enormemente. Un remedio que evita por completo estas contingencias es el bicarbonato entálico, cuya acción es tan rápida como definitiva, pues basta $\frac{1}{4}$ o $\frac{1}{2}$ cucharadita para dominar cualquier molestia dolorosa del estómago o intestino, evita la pérdida del apetito, el insomnio, la irritabilidad nerviosa, etc.; este produce lo venden todas las farmacias.